862.8
T2553a
v.23
no.8

Sueños Hay que Lecciones Son

Igual

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

~~862.8~~
~~P553a~~
~~v.23~~
~~no.8~~

a 00003 490724

This book must not be taken from the Library building.

DRAMA ALEGÓRICO EN CINCO ACTOS.

SUEÑOS HAY QUE LECCIONES SON, Ó *EFECTOS DEL DESENGAÑO.*

REFUNDIDO

POR D. M. A. IGUAL.

PERSONAS QUE HABLAN EN EL.

Darcilo.	Irene.
Terséa.	Pastores.
Eurilo.	Gladiadores.

Sombras ó personas aparentes en el Sueño.

Oton.	Caballeros.
Rosmira, *su hija.*	Escuderos.
Ramiro.	Soldados.

Personages alegóricos aparentes en el Sueño.

La Fortuna.	El Chiste.
El Orgullo.	El Mérito.
El Remordimiento.	La Adulacion.
El Desengaño, *vestido de Peregrino.*	

ACTO PRIMERO.

Cordillera de montes con algunos árboles: cabaña de Darcilo á la derecha.

ESCENA I.

Terséa sentada fuera de la cabaña, hilando; luego Irene, y Eurilo niño.

Terséa. Ay de mí! La tarde va cacayendo, para aumentar mis congojas: ¿todavía no le podré ver esta noche? Quán pasageras fuisteis para mí! puras delicias de un casto himeneo! Apenas os empezaba á disfrutar mi corazon, quando os trocasteis en disgusto, dexándome despreciada, burlada y aborrecida de mi esposo... Madre infeliz!... Cruel Darcilo! Qué te ha hecho la desgraciada Terséa?

Arroja la rueca, y se pone á llorar.

Irene. Aquí está llorando, como siempre. A decir la verdad, vuestros ojos

862. T2559 v. 23 no. 8

se han convertido en dos fuentes.

Eurilo. Madre, no lloreis.

Echándose en los brazos de su madre.

Ter. ¿Cómo quereis que detenga las lágrimas, viéndoos volver solos y tristes? Vuestra confusion me manifiesta que habeis trabajado en vano; y acaso no podreis darme ni una ligera esperanza.

Iren. Es verdad; habemos llegado hasta mas allá del monte: hemos seguido el arroyo: baxamos al valle; pero siempre inútilmente. Cansados ya, nos paramos á la sombra de un peñasco, y por mas que preguntábamos á cuantos aldeanos iban y venian de la ciudad, nadie nos supo dar razon de lo que buscábamos. Nos ha parecido lo mas acertado el volver aquí. Sí, querida Terséa, el abandonarnos á la desesperacion seria la mayor desgracia posible: mañana volveremos á hacer las mismas investigaciones, y tal vez encontraremos á Darcilo.

Ters. Os cansareis inútilmente. Darcilo me ha abandonado para siempre; pospuso el amor de una tierna esposa á sus delirios.

Iren. No puedo creerle tan cruel. ¡Bueno fuera que los hombres olvidasen á sus mugeres é hijos, para entregarse á sus caprichos!

Ters. No debes extrañarlo, que tales exemplos no son nuevos. Mientras que Darcilo vivió en la cabaña, no conoció mas que á su fiel Terséa, y al inocente Eurilo! pero luego que se envaneció, cediendo á la atraccion de la ciudad, se hizo él mismo esclavo de las preocupaciones que abundan en los pueblos grandes. Ah! ójala no los hubiese visto! yo seria mas dichosa.

Iren. El sol se ha puesto ya, retirémonos á nuestra casa, antes que la humedad de la noche empiece á bañar las plantas. Vámonos á descansar, y resolveremos.

Eur. Vamos, que estoy muy cansado.

Ters. Vamos, querido hijo. Ah! ¿quién sabe si volverás á ver á tu padre?

Eurilo entra; y al entrar las mugeres,

ESCENA II.

Un Peregrino y los dichos.

Per. Señora, si teneis piedad de los infelices, no me abandoneis.

Iren. (¿Quién diantres es este viejo?)

Ters. (Quiero conocerle.) Buen hombre, ¿es posible que pidais alivio á una muger, que es todavía mas infeliz que vos?

Per. ¿Quién puede haber en el mundo mas desgraciado que yo, que no tengo habitacion ni vestido?

Ters. Grandes son vuestras necesidades, no lo niego: pero tal vez los males del espíritu son muy superiores á todas las desdichas de la vida.

Iren. Parece que esta conversacion va á aumentar la hipocondría de mi ama (*ap.*). Vamos, amigo: ¿qué quereis de nosotras?

Per. La noche está cercana: he andado mas de siete leguas: desearia descansar.

Iren. Pero aquí..

Ters. Sí, buen anciano, aquí hallareis acogimiento: vuestra edad avanzada, vuestras palabras, un cierto sentimiento, comun á todas las personas infelices, todo me interesa á favor vuestro: llegad, acomodaos: si os contentais de esta sencilla cabaña, partiré con vos el pan de mi dolor.

Iren. (Buenos estamos! no faltaba otra cosa para acabar de acalorar su fantasía.) Pero, buen hombre, decidme: este asilo que nos habeis pedido, ¿por qué no lo buscasteis en la ciudad?

Per. Allí? *Señalando donde está la ciudad.* Ah! sus moradores no conocen la hospitalidad: los hombres son ingratos, y no quieren favorecerse mútuamente.

Ters. ¡Qué júbilo prueba mi corazon con escucharos! Decidme: quién sois?

Per. Uno que.. vive quando encuentra

RBC/NcU

personas que le dan la vida.

Iren. Qué bella respuesta! ¿quánto va que mi ama lo entiende tanto como yo?

Ters. Y vuestra patria quál es?

Per. Todo el mundo.

Iren. Calabazas! Es preciso que hayais nacido un pedazo en cada lugar de todas sus cuatro partes.

Ters. Y vuestro estado?

Per. Noble y plebeyo, obscuro y brillante.

Iren. Sin duda será tambien hijo del cielo, de la tierra, del dia y de la noche.

Ters. Qué oficio teneis?

Per. No hay arte ni ciencia que yo no posea. Las enseño á todos, y dichoso el que escucha mis lecciones.

Iren. Vaya, vaya, ¿y con todos estos conocimientos sois tan vagamundo?

Per. Sí, porque pocos me buscan; y el que me busca, me conoce demasiado tarde.

Ters. Quál es vuestto nombre?

Per. Permitid que lo calle; es muy perseguido de las gentes; y hasta que tengais mayores motivos para apreciarme, no os lo manifestaré.

Ters. Como querais.

Per. Entre tanto tengo que deciros, que sois muy necia en abandonaros á la tristeza; pues pronto cesará la causa del dolor que os atormenta.

Ters. Qué es lo que decís? Conoceis á mi esposo?

Per. No me ha visto en su vida, y por esto se abandona á la ambicion y vanagloria.

Iren. Cómo sabeis todo esto?

Per. Como tampoco ignoro la historia de su vida: como sé que la señora Terséa y el señor Darcilo son hijos de dos tiernos amigos, que despues de haber abandonado la corte, por los muchos contratiempos que en ella experimentaron, se vinieron á vivir en estas montañas, en las que pasaron tranquilamente el resto de sus dias. Aquí han crecido estos dos muchachos, y aquí se han criado: aquí se casaron, prometiendo á sus padres (que murieron habrá dos años) que vivirian en la mayor armonía y tranquilidad.

Ters. O dulces recuerdos! ó juramentos violados!

Iren. Ya me admiraba yo de que no hubiera su exclamacion al canto.

Per. Efectivamente, el señor Darcilo, mientras trató con villanos y montañeses, os mantuvo su promesa, y viviais dichosos. Habrá cosa de seis meses que Darcilo fue por la primera vez á la corte, en donde halló varios conocidos y amigos de aquellos que son la verdadera peste de la sociedad, y que salidos del polvo, llegan á fuerza de intriga á puestos elevados. Desde aquel dia no pudo ver mas á su muger é hijo: maldice el nombre de esposo; reclama su perdida libertad; se queja de su pobreza; forma continuamente castillos en el ayre; sin que le haya quedado de hombre mas que la figura: pero yo os ofrezco que toda esta ambicion se desvanecerá como un sueño.

Ters. Me dexais tan sumamente admirada con vuestra verídica relacion, que no puedo dexar de creer en vuestras ofertas, aunque parece imposible que Darcilo pueda quedar desengañado de sus necedades.

Per. Lo quedará, sí, lo quedará. Estos son los acostumbrados delirios, tras los quales se pierde la mayor parte de los hombres: por ellos muchos me aborrecen, porque les lleno de dolor, manifestándoles la verdad: pero la dulzura y agrado con que me habeis acogido en vuestra casa, ó esposa infeliz, exîgen que yo me abrogue los derechos del tiempo, y que prevenga las desgracias, que son efectos precisos de los errores del cálculo. Por esto os aviso de que

aunque Darcilo os aborrece, antes del nuevo dia os amará.

Ters. Antes del nuevo dia?

Iren. Ya han pasado mas de quatro sin verle.

Per. El llegará dentro de poco.

Ters. Acaso le habeis visto?

Per. No.

Ters. Os lo ha dicho alguno?

Per. Tampoco.

Iren. Pues cómo?...

Ters. Pues de dónde?...

Per. Yo os volveré el esposo y el padre; basta con esto.

Ters. Qué placer mé inspirais! ¿Será verdad, Irene?

Iren. Lo dice con tanta seriedad, que es preciso creerle.

ESCENA III.

Eurilo, luego Darcilo y los dichos.

Eur. Madre, ¿no quereis venir?

Saliendo de la cabaña.

Ters. Ven, querido Eurilo: oye á tu bienhechor.

Eur. Ay! yo tengo miedo al ver su barba tan larga.

Per. Yo no soy para niños, y los mayores me desprecian.

Iren. Señora, señora, ya llega.

Ters. Darcilo? Cómo tiembla mi corazon! Ven, Eurilo, enternécele, corre á sus brazos.

Eur. Ah querido padre!

Corriendo al encuentro de Darcilo, quien entra turbado, y viendo á su hijo lo rechaza, arroja al suelo el arco y el arnés de cazador. Viendo la accion de Darcilo, se cubre el rostro con ambas manos, y llorando dice.

Ters. Ay infeliz de mi!

Irene toma á Eurilo por la mano y dice.

Iren. Qué modo! Vamos, vamos, querido Eurilo.

Darc. Qué hay para comer?

Ters. Amado esposo, ¿qué quereis que tenga, habiendo quatro dias que....

Darc. Quatro, seis, ocho. No quiero reconvenciones. Dadme de aquel pan moreno que tengo que comer en vuestra compañía: tal vez será el último que me dareis.

Ters. Cielos, cómo!...

Darc. Idos, digo.

Ters. Qué decís, esposo! el último ..

Darc. Evitad esas lágrimas inútiles: mas amargas las derramaria yo si os escuchase.

Ters. Pues qué?...

Darc. Quereis obedecerme, ó no?

Iren. Vamos por piedad, antes que se enfurezca mas.

Per. Dexadnos solos un rato. *A Terséa.*

Terséa asiendo arrebatadamente á su hijo.

Ters. Ah! ven amable mitad de mí misma; ven á enxugar las lágrimas de tu madre infeliz, que solo conserva la vida por el afecto que te tiene. *Vans.*

Iren. Señor Peregrino, á vos nos encomendamos.

Darc. No puedo negar que la compadezco; pero el disgusto que experimento en su compañía, ahoga todo movimiento de piedad: á no ser los odiosos nudos de este fatal himeneo, yo seria mucho mas feliz.

Per. O tal vez mas desgraciado.

Darc. Qué voz es esta!

Se vuelve, y ve al Peregrino.

Quién sois; forastero?

Per. Un Peregrino, que ha conseguido de vuestra esposa ser hospedado esta noche en su cabaña: espero que vuestro corazon no desconocerá la hospitalidad.

Darc. Yo os la ofreceria con mayor gusto, si fuese rico.

Per. Creo que en esto os equivocais, pues el que ha experimentado las desgracias, es quien mas se compadece de ellas.

Darc. Conque vos desprecias las riquezas?

Per. No, no las detesto; ellas son unos bienes muy apreciables, cuando el que las posee sabe hacer buen uso.

Darc. Ah, que el mismo contento que ellas traen consigo al corazon del hombre, las hace envidiables! ¿De qué sirve ser sabio, humano, virtuoso, si es pobre? El correr en pos de su fortuna, es uno de los primeros atributos del hombre: siempre debe procurar ser mas, sin contentarse con su suerte; y aun quando no llegue á un estado brillante; el solo atrevimiento de haberlo intentado es bastante recompensa para un corazon generoso.

Per. Buen pastor, á lo que veo, la ambicion se ha introducido en vuestra alma.

Darc. Y qué? un vaso de vino y un pan infeliz, con las insípidas carnes de los animales de caza, pueden satisfacer mi delicado apetito? Mi padre me conduxo desde niño á vivir con las fieras; ocultándome las bellezas de la ciudad, sofocó en mí los generosos movimientos de mi índole. ¡O quantas grandezas he descubierto en los seis últimos meses que he visto la corte! qué columnas! qué arcos! qué edificios! palacios, templos, caballos y guerreros! qué incomprensibles bienes trocaron enteramente mis ideas, transformando mi alma! Allí vi claramente, que hasta entonces no habia hecho mas que vegetar como las plantas, sin disfrutar de la verdadera vida: vi que la pobreza es la desgracia mas aborrecible: conocí que la naturaleza ha criado sus tesoros, tanto para mí como para los demás. Y despues de tales conocimientos, ¿puedo estar tranquilo? Ah! no lo creais: la luna, que esta noche debe resplandecer sobre estos montes, será sin duda la postrera que verá en ellos el insensato Darcilo. Mañana estaré ya en el palacio de Oton nuestro Duque, sacudiré de mis espaldas el insufrible peso de mi añosa miseria: encontraré hombres en vez de lobos; y si hasta ahora he vivido en estas cuevas, desconocidó aun de mí mismo, ¿quién sabe si dentro de los muros de Eslide tal vez se honrará algun dia el nombre de Darcilo?

Per. Señor, no sé qué responderos: vuestra alma se ha dexado seducir de su propia imaginacion. Veo que os fabricais unas felicidades ideales; pero ignoro todavía dónde exîste su realidad.

Darc. En la riqueza, y en ser grande.

Per. Y os lisongeais de poder conseguirlo?

Darc. Y por qué no? seria acaso yo el primero? He visto varios jóvenes iguales mios, que dos años hace trabajaban conmigo, y ahora están en la ciudad gozando de riquezas y puestos elevados: no he reconocido en ellos el tostado semblante, el encorbado pecho, ni las callosas manos; variando de vestido, han mudado hasta de lenguage. Uno es militar, otro atleta, quién confidente, y quién copero: amados todos de mil beldades, respetados de mil súbditos: ¡y el solo Darcilo no se atrevia á levantar sus ojos, lleno del rubor que inspiraban aquellas armas y arneses! Pero todo se acabó: mañana seré admitido en las tropas de Oton. ¿Quién sabe si mi valor se señalará entre quantos le rodean? si este pecho llevará algun dia insignias de mi esfuerzo? y por fin, si esta cabeza (que ahora veis cubierta de rústicas pieles) se adornará algun dia con reales penachos?

Per. Admiro la inmensidad de ideas que se reunen en vuestra imaginacion: guerrero, caballero y atleta, á la verdad son cosas muy diferentes de seguir las pisadas de un rebaño, y herir un oso ó un lobo en los bosques. Pero entre tantos pensamientos, ¿es posible

que dexe de presentarse uno á vuestra imaginacion?

Darc. Quál?

Per. El de que quanto sucede en el mundo es un sueño; que hoy nacemos, mañana morimos; y que despues del sepulcro todos somos iguales.

Darc. Inútiles reflexîones, y que solo sirven para envilecer las almas grandes. Yo sé que la pobreza tiene por conseqüencia la infelicidad: veo ricos, y los veo contentos. Y porque despues de muertos seremos iguales, ¿habré de ser desgraciado interinamente? Este consuelo es bueno solo para los desesperados.

Per. ¿Conque vos creeis que todos los ricos están contentos con su suerte?

Darc. Pues si ellos no lo están, ¿quién lo estará?

Per. ¿Y no reflexîonais que á medida que crecen los bienes, crecen tambien las necesidades y congojas?

Darc. Puede que esto sea verdad; pero yo no lo he experimentado todavía.

Per. Y para probarlo quereis perder vuestros bienes?

Darc. Qué bienes?

Per. La paz de vuestro corazon.

Darc. La paz de mi corazon? Forastero, no la conozco.

Per. Ya lo sé; ni es posible que ahora la conozcais: el hombre quando delira, no siente aquellos placeres que experimenta si goza de la razon. Pero debeis pensar que sois esposo, padre, y...

Darc. Forastero, os entiendo: las lágrimas de Terséa os han prevenido á su favor; pero os cansais inútilmente: en vano procurais retraerme de mi generosa resolucion. Mañana seré superior á todas mis inútiles debilidades. La voz que ahora escucho es únicamente la de la emulacion.

Per. Y quereis abandonar vuestra familia?

Darc. Es preciso que sufran mi ausencia: vivirán con los bienes que me dexó un padre mísero, y si acaso la fortuna me protege, haré que un dia participen de ella.

Per. Entre tanto vuestra esposa, vuestro hijo...

Darc. Basta: estais molesto. Si quereis que os acoja en mi cabaña, mudad de lenguage; y de no, proseguid vuestro camino.

Per. Pues bien, os obedezco.

En esto saca del zurron un manojo de yerbas, y dice.

(Todavía está muy preocupado: supla el arte lo que no puede la razon.) *ap.*

Darc. Qué es esto?

Per. Un manojo de yerbas, de las quales saco mi principal alimento: conozco sus ocultas virrudes, y extraygo xugos vitales y salutíferos para el hombre.

Darc. Oh! quánto mas dichoso sois que yo, pues á lo menos conoceis el arte de conservar la vida! dexad que las vea.

Per. Aquí están: esta, que se llama...

Darc. O Dios! qué olor tan pestífero exhala! Vos... ah! por piedad, apartadla de aquí.

Per. En vano me lo persuadís; ella debe servir para vuestra salud.

ESCENA IV.

Eurilo y los dichos, luego Terséa é Irene.

Eur. Padre, ya está preparada la cena.

Darc. Ah! yo no sé en dónde estoy... qué tinieblas son estas? qué horror me rodea! la tierra me falta debaxo de mis pies: asistencia: yo fallezco.

Despues de haber dicho esto, trompicando por el teatro, caerá sobre un asiento de yerbas, que estará enfrente de la cabaña.

Eur. Ah! pronto, madre, corrred; mi padre está muerto.

Ters. Cielos, qué oygo!

Saliendo presurosa.

Iren. Cómo, Darcilo?

Eur. Sí, ese viejo le ha hecho morir.

Iren. ¡Ah viejo maldito! si esto es verdad, ya podrás contar este dia por el último de tu vida.

Ters. Cómo? mi esposo!

Per. ¿Y tan presto pasais de la mas segura esperanza á un afecto que os envilece y ultraja? O, quán cierto es, que á veces las lágrimas de un niño son mas poderosas que todo el discurso de la razon! No ha muerto Darcilo; sus sentidos están abandonados á un dichoso letargo: dexadle descansar, si quereis volver á adquirir el padre y el esposo quando despierte.

Ters. O Dios! perdonad...

Per. Y qué? me ultrajariais acaso con la desconfianza? Sueños, amigos de los mortales, vosotros que tal vez sois intérpretes del por venir mas obscuro, salid de las sombras que os rodean, y venid á circundar el alma de Darcilo: conducidle á la corte de Oton, como desea; haced que en ella se olvide de sus odiados bosques, de su esposa y familia; concededle allí todo el favor de una fortuna lisongera; sea guerrero, caballero, confidente y soberano en la apariencia, hasta que al nacer el nuevo dia abra los ojos á la luz de la razon, y prevenga los funestos remordimientos de un desengaño tardío. Terséa, Irene, Eurilo, seguid mis pasos; vosotros debereis á un sueño, igualmente que Darcilo, vuestra felicidad.

Es dia. Luego que Terséa, Irene, Eurilo y el Peregrino se habrán retirado, se transformará la escena en la parte exterior de un magnífico Palacio, con varios pórticos magestuosos, columnas y arcos, que van siguiendo hasta el fondo, terminando en una puerta practicable. El Mérito vestido de andrajos sentado en las gradas de la misma puerta, la Fortuna vestida con mucha pompa, paseándose ufana por los pórticos. Darcilo se transformará en un guerrero, vestido á la antigua española; y despues de un rato de silencio, dice.

ESCENA V.

Darcilo, el Mérito y la Fortuna.

Darc. Cómo! no es este el Palacio de Oton? Sí: estas son sus columnas y sus arcos, que tanto me sorprehendieron la primera vez que las vi. Aquí se paseaba mi Soberano: por esa puerta salió su hermosa hija, cuyas miradas traspasaron mi corazon: aquí reconocí á Filistero y Adelino, y otros amigos mios, que antes que yo habian disfrutado las delicias de la corte: ellos me abrieron los ojos, mostrándome mi error. Pues qué dudo? por qué tiemblo al volverlo á ver? por qué?... Pero poco hace ¿no estaba yo en mi cabaña? Terséa, Eurilo, Irene, el forastero?... Ah! yo deliro! mi alma queda atónita á vista del exceso de bienes que me rodean. Mas, qué veo! qué arneses son estos! qué armas me ciñen! quién me puso esta espada y estos vestidos?

Fort. La Fortuna.

Darc. O suerte amiga! Diosa adorada de los mortales! será cierto, que tú hayas escuchado mis plegarias? Haz que yo te conozca, y que te ofrezca los inciensos, que á ti sola tributan los hombres.

Fort. Aquí estoy.

Se llega á Darcilo.

Darc. A tus plantas postrado...

Fort. Levántate, mírame, y sígueme.

Darc. Dichoso yo: qué vida es esta que hasta ahora no habia conocido?

Queriendo seguir á la Fortuna.

Mérito. Atrás, villano. *Oponiéndose.*

Darc. O Dios! qué reproche!

Fort. Quién eres tú, que te atreves á impedirle el paso?

Mér. Soy tu enemigo: por qué me lo preguntas, si lo sabes?

Fort. Porque quando yo guio y protejo á una persona, de nada sirve que te opongas á mi voluntad.

Mér. Siempre me opondré á tus delirios. Atrás, villano.

Darc. O Fortuna amiga!

Fort. Dame la mano, Darcilo, no temas, yo te sirvo de escolta.

Le toma por la mano.

Mér. Y tú, á pesar mio, le conduces al Palacio?

Fort. Sí: rabia, importuno: mira como entra en él.

Mér. Engañadora, dentro de poco veremos quién rabiará: sí, lo veremos.

Entran todos en el Palacio.

ACTO SEGUNDO.

Sala corta.

ESCENA I.

La Fortuna y Darcilo.

Fort. Y bien, Darcilo, qué te parece?

Darc. Señora, no sé en dónde estoy: me persuadiria soñar, aunque tengo los ojos abiertos, si vuestros labios no me hubiesen asegurado, que este es el Palacio de Oton, y que yo soy Darcilo. Oh! quántas bellezas habia dexado de conocer hasta ahora!

Fort. De todos los bienes, que tnnto te han sorprehendido, tú solo debes ser el poseedor en este dia, querido Darcilo.

Darc. Yo? no puedo lisonjearme de tamaña dicha. Perdonad, aunque estoy aquí; aunque me veo vestido de este modo; no puedo olvidar que fui pastor.

Fort. Darcilo, tú me ofendes: teniendo á la Fortuna por compañera y amiga; debes ambicionar toda suerte de honores y grandezas: yo las prodigo, igualando rangos y condiciones á mi antojo. No dudes, pues, Darcilo; quando serás dichoso, te parecerán fábulas las selvas, los montes, y los inútiles recuerdos de tu pasada infelicidad.

Darc. Bien, señora, yo me abandono ciegamente á vuestra voluntad; jamás dudará Darcilo de vuestras palabras. Con todo, quisiera saber, cómo...

Fort. Oyeme: ya sabes, que Rosmira, la hija de Oton, debe casarse hoy mismo con el Príncipe Ramiro; y que para hacer mas solemnes las bodas, ha dispuesto el Monarca un torneo, para el qual ha convidado Ramiro á los Caballeros, ofreciendo ceder la Princesa al que le venza.

Darc. Quánto envidio el aplauso que conseguirá quien salga triunfante!

Fort. Nadie duda, que será el mismo Ramiro, pues ha dado siempre constantes pruebas de su valor y osadía; pero se engañan, pues tú serás el vencedor, y el bien que todos creen destinado á Ramiro, será premio de tu victoria: yo arrancaré la corona de sus sienes, para cañir las tuyas: qué? no respondes?

Darc. Qué he de responder? si desconfio, sé que os ofendo: por otra parte, cómo puedo esperar tanta ventura? Yo manejé el arco y las saetas, he herido á veces osos y lobos en los bosques; he visto morir por mis flechas un jabalí, que echando fuego por la boca, asordaba con sus gruñidos todo el monte, respirando ira y muerte contra mí; pero jamás habia tocado lanza ni espada hasta ahora: por lo que es imposible que consiga la victoria en el combate.

Fort. Dime: tienes osadía?

Darc. Nunca me ha faltado.

Fort. Pues bien; teniendo esta, no necesita la Fortuna de destreza, ni arte: yo soy la amiga de los audáces.

Darc. Conque?...

Fort. Irás á la arena, y saldrás ven-

cedor: tu osadía, y tu talle, te harán ver como yo no te engaño.

ESCENA II.

El Mérito y los dichos.

Mér. Sí que te engaña: abre los ojos, Darcilo, y no creas en sus palabras.

Darc. O Dios, qué yelo me cubre á la vista de este anciano! quién sois vos, y por qué os oponeis á mis dichas?

Mér. Soy el Mérito: ¿comprendes toda la fuerza de mi nombre?

Fort. Y qué importa que la comprenda? Mira, mira, Darcilo, los míseros andrajos que le cubren, y de ellos podrás deducir lo que aprovecha en este mundo.

Mér. Y acaso, en mi misma miseria, no te excedo en lustre y esplendor? Los propios andrajos que me citas, forman mi grandeza; ellos continuamente dan en rostro al hombre el abandono en que me dexa; y alimentan en mí el placer, que deriva del conocimiénto de mí propio.

Fort. Este reproche es muy poco entendido de la mayor parte de los hombres. Todos desean tenerme por compañera, y pocos son los que te buscan por amigo: si no les escucho, me acusan; si les protejo, me inciensan y me adoran: tú recibes muy escasos los obsequios, muy cortos los homenages; sin mí eres un mísero esclavo, y yo sin ti soy soberano.

Mér. Engañosa, lo sé, que te glorías de tu seduccion; que tu gusto consiste en oprimir la virtud y exâltar la impostura; pero dime: entre los mismos ignorantes, que tú ensalzas, ¿quién hay que no tenga por efectos de su propio mérito tus mismos beneficios? En el momento que te adoran, te son ingratos, creyendo deberme sus caprichosas dichas; y quando se las quitas, se quejan de ti únicamente. Conque, mal me contradices, oponiéndome, que sin ti, soy un mísero esclavo, y tú sin mí soberana: tu reyno está fundado en la imaginacion de los hombres; pero el mio en su razon.

Darc. Ah señor! ya que podeis tanto, uníos con la Fortuna en mi favor.

Mér. Y qué merecimientos te asisten?

Darc. Soy hombre tambien, y...

Mér. Y basta ser hombre para tenerlos? ¿Acaso son virtudes para ti el abandonar una esposa fiel, y un hijo inocente?

Darc. Solamente les abandono para aumentar su dicha.

Mér. Quál? la que procede de la ambicion? Creeis acaso, que todos los hombres han nacido para ser ricos y poderosos? Eres muy necio, si ignoras que la distincion de los estados y riquezas sostienen el equilibrio del mundo, y que el que ambiciona demasiado, fabrica su ruina: el mayor bien de los hombres es el de contentarse del estado en que nacieron, procurando únicamente distinguirse en él. Vuelve, pues, á tus montes, rústico villano, pon límites á tus pensamientos, y entonces te prometo mi asistencia.

Darc. O Dios! qué es esto?

Fort. Qué pronto te has abatido! Dexa que hable, y piensa que si me pierdes, no te será facil volverme á encontrar otra vez.

Darc. Pero, no oís lo que dice?

Fort. El despecho anima sus palabras; rabia y se estremece, porque ve que me paseo por los palacios de los Grandes, quando él se halla reducido á estar, las mas de las veces, como un mendigo á sus puertas.

Mér. No siempre me hallarás en ellas. Oh! quántas veces he visto salir de las mismas, mas infelices que yo, á muchos que tú habias protegido! entonces yo triunfaba de ti á los ojos

de la verdad.

Fort. Basta: de nada sirve el disputar. Darcilo, estás ya en el combate; ó él, ó yo por amigos: decídete.

Darc. Pero, cómo?

Mér. No resuelvas.

Darc. Yo... sí...

Fort. O resuelve, ó te abandono.

Darc. Pues bien: ya que es preciso, perdonadme; yo no puedo abandonar á mi Fortuna.

Mér. Todas las almas viles deciden como tú; pero no te alabes: antes del nuevo dia conocerás que quando la Fortuna no tiene por guia á la virtud, ó no es la recompensa del mérito, es un bien efímero, que viene con el viento, y huye con él: pues me quieres por enemigo, lo seré de aquí en adelante, y veremos cuya sea la victoria. *Vase.*

Fort. Déxale delirar quanto quiera; tú me has hecho conseguir un grande triunfo, Darcilo; y ya será imposible que yo te abandone jamás. Aquí viene Rosmira, no te acobardes á su presencia, emplea toda la fuerza del amor, espíritu, dulzura y persuasion: quando habrás llegado al colmo de tu dicha, conoceras quánto vale mi amistad. *Vase.*

ESCENA III.

Darcilo, Rosmira, con un Escudero, que la sigue, llevando un escudo y hasta.

Darc. Yo no sé en dónde me encuentro! Mucho me habia desanimado aquel miserable; pero mucho mas me alienta la Fortuna: ó quán necio es quien la desprecia! Pero esta es la Princesa, la que ya vi otra vez en aquellos pórticos... Ah, si se dignase de darme una sola mirada! yo me tendria por feliz!

Rosm. Darcilo? Darcilo?

Darc. Cielos! ella sabe mi nombre! cómo?...

Rosm. No me respondes? ¿No eres tú el cazador Darcilo, aquel que la Fortuna me ha destinado para colmo de mis deseos, y consuelo de mis penas?

Darc. Yo!... tal vez...

Rosm. Yo te vi, habrá cosa de quatro dias, vestido de pastor, baxo de aquellos pórticos que conducen al Palacio, y presumí, que por mis miradas hubieses advertido lo que pasaba en mi corazon.

Darc. Cómo podia ser tan atrevido, que me creyese merecedor de tanto bien? Demasiado me sorprendieron los bellos ojos, cuyos benignos rayos os dignasteis volver hácia mí. Pero quién habia de imaginar que un humilde zagal?...

Rosm. Desecha ese temor, y cobra esperanza. Desde el primer instante que te vi, no pude menos de amarte, y pareciste tan gentil con aquel rústico vestido, como ahora en este pomposo trage. Tal vez estaba escrito en los fastos, que el solo Darcilo, el mejor de mis vasallos, habia de ser con el tiempo el soberano de mi corazon. Por esto sin duda tan de improviso ardió el mio, haciéndome insoportable la vida lejos de ti. Alégrate, pues gallardo cazador, y empieza á exercer en mí aquel imperio, que te conceden el destino, mis labios y el amor.

Darc. ¿Conque en tanto aprecio me tienen estas poderosas fuerzas, que á mi favor en este dia lleguen á obrar portentos? ¿Y será cierto que la Princesa Rosmira trate conmigo de amor? ¿y que pueda olvidarse de que hasta ahora ha sido mi morada los bosques?

Rosm. Quando el corazon de una muger está encendido de amor, se abandona ciegamente á la pasion que la arrastra. Porque naciste en los bosques, ¿has de ser incapaz de inspirar la mas dulce ternura? Si á primera vista ya te rendí mi afecto: si á tus

miradas siento conmoverme con agradable dulzura: si tus palabras excitan en mí una suave turbacion; ¿por qué no he de creer que mi alma tiene una exâcta simpatía con la tuya? Tú propio te agravias, acordándote de tus bosques. De aquí en adelante será aquí tu morada; y mi amor es el único objeto que debe ocupar tu memoria.

Darc. Cedo gustoso á tan grato precepto: pero, vuestro padre...

Rosm. Mi padre solo desea mi felicidad: y quando vea que yo la cifro en amarte, se dará por contento de tu fortuna.

Darc. Sin embargo, el Príncipe Ramiro...

Rosm. Qué? ¿acaso pretenderá que le anteponga á mi gusto? ¿Por ventura, porque nació Príncipe, porque en todas las batallas ha quedado vencedor, me habré de ver precisada á amarle? Ah, amado Darcilo! la nobleza y los honores tienen poco ascendiente en el corazon de las mugeres: mas aprecian un agradable exterior, que la virtud mas sólida: todo lo sujetamos al capricho; y como este se satisfaga, poco nos importa que la razon clame contra nosotras.

Darc. No mas, bella Princesa; en el inmenso piélago de gozos en que me veo sumergido, apenas hallo palabras para responderos: decidme solamente, qué es lo que debo hacer, á mas de adoraros, y me vereis ciego esclavo de vuestras insinuacianes.

Rosm. Dentro de poco acudirán á la arena los pretendientes; y sé muy bien que deberia triunfar el Príncipe Ramiro, si no me hubiese asegurado la Fortuna amiga, que tú saldrias vencedor. Yo misma quiero armarte para el combate.

Le entrega una lanza.

Reflexîona que estas armas son de amor. De él y de sus rivales debes triunfar á un mismo tiempo. Anime tu esfuerzo la noble emulacion; y si aquel te faltare, en qualqiuer lance, mírame, y el pensar que peleas por mi mano, lo encenderá de nuevo.

Darc. Sí, ya siento inflamado mi corazon enteramente; no temo el parangon, pues que tan bella causa aviva mi intrepidéz.

ESCENA IV.

Un escudero y los dichos.

Esc. Princesa, todo está dispuesto: vuestro padre, el Príncipe, los Caballeros, todos os están aguardando en el circo, impacientes por vuestra llegada.

Rosm. de nada sirve el detenernos; sigue mis pasos, mi amado Caballero: bastante he sentido el no haberte visto en todos estos dias.

Vase con el Escudero.

Darc. O Dios! ¡Cómo al apartarse de mi vista, veo que falta en mí aquel valor que me habian inspirado sus palabras! Poderoso cielo! ¿seria esto una fatal ilusion? Ella, bien la conocí, es la hermosa Rosmira; pero con una sola vez que me ha visto, ¡quando apenas me atreví á mirarla! pues cómo este amor?... por qué esta lanza y su delirio?... alma mia, ay! yo no te conozco en tanta agitacion.

Se oyen trompas.

Pero qué estruendo es este? sin duda la seña de comenzar el combate, ¿conque no sueño? Oh! cómo esta música marcial anima mi valor! mi corazon palpita, la sangre hierbe en mis venas, el deseo me estimula, todo me impele á la victoria. Voy, adorada Rosmira, voy á lidiar por tu mano. Amor, préstame tus alas! Fortuna, tu favor espero! Seria demasiado débil, si no siguiera tus impulsos, quando de ellos dependen mi sosiego, mis dichas y mi gloria.

ESCENA V.

Se abre la escena, y se ve un magnífico anfiteatro con gradería, en la que habrá mucha gente sentada; al lado derecho habrá un trono real, en el que estarán sentados Oton y Rosmira, rodeados de Grandes y Escuderos en pie: varios Caballeros armados para lidiar, entre los quales estará Ramiro acompañado del Mérito. Darcilo en el fondo acompañado de la Fortuna; detrás muchos soldados, que cierran la escena.

Ram. Es aquel el nuevo combatiente?

Mér. Sí, nuestro siglo produce héroes hasta en los bosques.

Ram. Y habré de lidiar con un villano?

Mer. No serás el primero: ¿quántas veces la virtud depende de los que deberian ser sus esclavos?

Dare. Oís lo que dice al Príncipe?

Fort. Y por eso has de acobardarte? A él le queda únicamente el permiso de hablar; pero yo tengo el derecho de repartir las victorias.

Oton. Escudero, están ya todos?

Esc. Todos, señor.

Oton. Pues bien: Amigos, Caballeros, y quantos veo reunidos para hacer alarde del valor y esfuerzo, salid todos al campo, pelead con el Príncipe Ramiro. Yo os renuevo los pactos del torneo: aquel que salga vencedor, aquel que merezca el laurel, será quien se case con mi hija: el mismo Príncipe lo ha pedido. No quiero sangre: á la primera herida debe ceder todo competidor la espada: nadie se atreva á interponerse, ó quedará castigado. Y tú, hija mia, prevente á entregar tu corazon y tu mano al que salga victorioso, para hacerle feliz. Amigos, ya lo habeis oido: decida ahora la espada la suerte de cada uno.

Música: sale Ramiro al campo; saluda con la espada á Oton y Rosmira: luego arroja un guante al suelo, y un Caballero hace lo mismo, y sigue el combate, quedando Ramiro vencedor de varios Caballeros: despues se presenta Darcilo: para la música, y dice.

Ram. Quién sois vos, que os atreveis á lidiar conmigo?

Darc. Sea quien sea, no tengo obligacion de decíroslo; responderá mi espada.

Ram. Habeis hecho muy mal en trocar por ella la segur y la azada: volved á vuestros campos, y dexad la temeraria osadía de pelear conmigo.

Rosm. Príncipe, este no es lugar de tales razonamientos, respetad al que he declarado mi Caballero.

Ram. Y por qué semejante afrenta?

Rosm. Porque soy libre, y puedo oponeros quien se me antoje.

Ram. Oponedme un exército; mas no un villano.

Darc. No es nueva en el mundo, que un villano se llegue á ceñir coronas: Respondedme. (*Poniéndose en actitud de pelear.*)

Ram. No, no lo esperes.

Darc. O defendeos, ó daos por perdido.

Ram. A mí tal insulto?

Darc. O defendeos, ú os hiero.

Ram. Pues bien: Mérito mio oprimido, yo te consagro esta víctima infeliz.

Música: sigue el combate; cae Ramiro, y Darcilo le pone la espada al pecho, amenazándole.

Darc. Ríndete: cede la espada.

Ram. No lo esperes.

Oton. Quebrantais la ley, si no lo executais.

Ram. No respeto una ley tirana.

Oton. Ola, Escuderos, desarmadle.

Ram. Amigos, defendedme.

Riñen todos, y cae el telon.

ACTO TERCERO.

Marina.

ESCENA I.

Darcilo y el Orgullo.

Orgullo. Detente. (*Deteniendo á Darcilo que quiere huir.*) Dónde corres de ese modo tan apresurado, ofuscando el esplendor de tu victoria?

Darc. Ah señor! quien quiera que seais, perdonad mi transporte. Acostumbrado á pasar la vida en los bosques, y á no ver mas que pocos pastores, me confundí entre tanta multitud como me rodeaba para aplaudirme y celebrar mi triunfo, de manera que me vi precisado á apartarme y huir. ¿Tan raras son en la corte las pruebas del valor, que se suelte de este modo la multitud para elogiar al vencedor?

Org. Lo que causa novedad por lo extraordinario, atrae siempre la admiracion del vulgo. Ella es el alimento de los grandes, y en lugar de evitarla, debes ir en su busca.

Darc. Yo lo haria, quando viese que es el premio de mi valor: pero si únicamente debo á la Fortuna quanto he conseguido, ¿á qué fin he de usurparla estas alabanzas?

Org. Estos son unos sentimientos viles, que debes apartar de tu boca. La Fortuna es un fantasma accidental, que ha de servir para ventaja nuestra; pero no para nuestra deshonra. Aquel que se ve favorecido de la suerte, aunque carezca de todo mérito intrínseco para serlo, es preciso, sin embargo, que crea lo contrario, y procure mantener esta opinion en el pensamiento de todos.

Darc. ¿Y cómo será posible que yo me figure no haber sido pastor, y que he conseguido este triunfo por efecto de mi esfuerzo, y no por favor de la Fortuna?

Org. Sí, esta es tu obligacion. No debes dar entrada á ningun sentimiento vil.

Darc. Señor, ¿quién sois vos, que me los inspirais tan sublimes?

Org. Soy el consejero de todos los mas, que habiendo salido de muy baxa extraccion, llegan á hacerse visibles; hablo continuamente á sus corazones: soy el Orgullo.

Darc. El Orgullo! ó Dios!

Org. Por qué te espanta mi nombre?

Darc. Perdonad, señor: yo no intento ofenderos; pero he oido muchas veces, que el Orgullo hace viles á los hombres, tiranizándoles.

Org. Las almas baxas, que no conocen mas que lo que ven, sé que me pintan con tan negros colores á la juventud inexperta. Pero ¿qué haria sin mí aquel que se halla protegido de la Fortuna, sin haberlo merecido? Las ideas que imprimo en su mente, le hacen superior á toda debilidad: allano todo camino que impida su dicha.

Darc. O Dios! No sé qué resolver: noto los bienes que me ofreceis; pero veo tambien que están mezclados con un odio, que estremece mi alma.

Org. ¿Y si por no quererme escuchar, oyes que continuamente te dan en rostro con tu humilde nacimiento y tus bosques, denigrando tu fama, y debilitando el amor de Rosmira, hasta quitarte los bienes que te habia concedido tu intrepidéz, qué podrás decir entonces?

Darc. ¿Y esto puede sucederme?

Org. Toda pende de mí (quando yo agito este ó aquel corazon á mi capricho) la rueda de la Fortuna.

Darc. Ah! no me abandoneis. Seria demasiado castigo para mí el verme reducido otra vez á mi antigua miseria.

Org. La ambicion te predomina?

Darc. Sí, lo confieso, esta es mi solo númen.

Org. Pues si ella te mueve, no tardarás en buscar tú mismo mis consejos. Yo inspiraré á Rosmira y Oton quanto pueda contribuir para hacerte ilustre entre los hombres. Y el galardon que espero de ti, es solo el que confieses quánto puedo en los corazones de aquellos que viven abandonados al ura de la Fortuna.

ESCENA II.

El Chiste, la Adulacion, Darcilo.

Darc. Ignoro lo que me pasa. Continuamente va creciendo la tumultuosa agitacion de mi alma; y quantos objetos encuentro en esta corte, todos me enagenan: la incertidumbre!... O delio! ó terrible confusion.

Adul. Aquí está: por fin le habemos encontrado.

Chist. Menos mal. Nos habia hecho correr como dos galgos (pero al fin se atrapó la liebre.) *ap.*

Adul. O nuevo sol de nuestro emisferio, héroe del siglo! Permitid que á vuestros pies...

Se arrodillan.

Chist. O nuevo signo y rutilante astro de la celeste zona! Dexad que á vuestras rodillas...

Darc. Qué es lo que véo? alzaos.

Adul. Permitidnos acabar nuestro obsequio: despues me alzaré.

Chist. Dexad que espete el cuento por entero.

Darc. No, no lo sufriré, alzaos digo.

Adul. Pues bien, ya que lo quereis, os obedezco, lo executaré en pie.

Se levantan.

Darc. No es necesario, dexadlo. Yo no busco inútiles loores; solo deseo saber quién sois.

Adul. Soy la Adulacion.

Chist. Soy el Chiste.

Adul. Hasta ahora habemos obtenido puestos muy honoríficos en la corte.

Chist. Y como preveemos que el buen dia se os ha metido en casa...

Adul. Por eso veníamos á congratularnos y ofreceros nuestros inciensos.

Chist. A fin de que nos mantengais en el mismo puesto.

Darc. No sé qué responderos. ¿Cómo habitan en las cortes semejantes personages?

Adul. Cómo? De esto os maravillais? Nuestras profesiones están tan extendidas, que la sociedad sentiria mucho nuestra falta. Yo, por exemplo, sé que vos sois un villano salido hoy de sus bosques; que habeis vencido al Príncipe Ramiro, no por valor; y que lo que menos sabeis es el manejar la espada, y penetrar las intrigas de los áulicos: sin embargo, yo con mis elogios y alabanzas trasladaré á vuestras venas la sangre de los antiguos Condes de Normandía; os pintaré como el Aquiles de esta época; os ensalzaré sobre todos los Héroes de la historia. Si entonces os disguntan mis oficios, despreciadme y abatidme.

Darc. Sí, os despreciaré. La mentira, por mas que se presente con semblante halagüeño, es siempre un monstruo detestable.

Adul. Señor, se conoce que sois muy poco práctico del mundo: todos los hombres hablan así; pero quando se oyen adular, ya en público ó ya en secreto, experimentan la mayor complacencia.

Darc. Conque si yo tuviese vicios...

Adul. Yo les daria el semblante de virtud, sofocando con mis aplausos vuestros remordimientos, y la comun murmuracion.

Darc. Justo Dios! Qué doctrina tan pérfida! ¿Ignorais acaso, que los vicios deben ser censurados?

Chist. Para este fin aquí estoy yo. Mi empleo es el de morder las vidas agenas; pero con sal. Soy el momo de las cortes, y hago en esto mi negocio.

Darc. Qué quereis decir en eso?

Chist, Doy en rostro á qualquiera con sus ridiculeces ó defectos, como sin quererlo hacer, solo con pullas y gracejos; pero si el criticado se ofende, ojo alerta, que asan carne.

Darc. Cómo podreis hacerlo sin horrorizaros?

Chist. Se conoce que no estais muy orientado en los estilos. Nuestra profesion la vereis empleada por la mayor parte de los hombres. Para vivir con ellos es preciso que nos tolereis, y aun que os valgais de nuestro favor. Debeis hacer como las cañas, que se mueven segun el viento que las impele: valeros de quanto pueda seros útil, y desechar lo que no, adoptándoos á las circunstancias, á costa de sacrificar á todos los que estorban vuestros intentos. En una palabra, si alejais á quantos se valen de nosotros, os vereis reducido á una limitada sociedad.

Darc. Cielos! qué es lo que oygo? En estos recintos se esconde tanta iniquidad, desconocida sin duda en los bosques y selvas, en donde pasé mi vida? á dónde vine?... ¡quánto mejor era para mí el tratar con los rústicos pastores, sin salir de mi esfera, ni juntarme con unos entes que tienen el semblante muy diferente del corazon, y que hacen alarde de unos delitos los mas contrarios á la naturaleza! *Suena música marcial.*

Adul. Oís, Darcilo? oís? esto únicamente se executa por vos.

Chist. Vamos, Darcilo, el buen dia meterlo en casa, que en los nidos de antaño no hay páxaros ogaño.

ESCENA III.

Salen Oton y Rosmira en un coche tirado de seis caballos, precediéndoles una banda de músicos; luego esquadrones de soldados armados; Caballeros de gala rica: en seguida Ramiro, en medio de ellos, abatido y desarmado. La Fortuna conducirá tras de la carroza al Mérito encadenado. El Orgullo cerrará la marcha seguido de dos Escuderos, que llevan en dos bandejas un sombrero con plumas, y una espada muy rica: últimamente se verán las armas de Ramiro enarboladas á modo de trofeo.

Oton, Rosmira, el Orgullo, Ramiro, la Fortuna, el Mérito y los dichos. Mientras Oton y Rosmira se apean del coche, el Orgullo se acerca á Darcilo, y le dice:

Org. Ves, Darcilo, con qué pompa y aparato te mantengo mis promesas? Observa esa carroza, esas armas y esta grandeza, y despues desprecia mis consejos.

Darc. ¡Quánto me deleyta semejante ostentacion, y qué poder tiene sobre mi espíritu! Yo deberia huir á vista de lo que he sabido: pero esto me suspende, embargando todas mis fuerzas, y arrastrándome tras sí á pesar mio.

Oton. Venid á mis brazos, valeroso vencedor: el gozo con que en este dia habeis inundado mi corazon y el de mi hija, me ha hecho experimentar un placer, qual jamás habia probado hasta ahora. Recibid, pues, en este abrazo la primera honra, y tal vez la mas apreciable que puedo tributar á vuestra gloriosa hazaña. Hallareis en la mano y en el afecto de mi hija el mayor premio, el que sin duda tienden vuestros deseos. Yo os declaro por hijo y heredero mio, en presencia de todos mis vasallos; augurándoles, que será mas brillante el esplendor de mi corona en vuestras sienes que en las mias: este vaticinio de un Monarca y de un Padre cariñoso, llegue á verificarse así como deseo: el Genio amigo que dirige la suerte de los estados, quiera

proteger el nuestro, haciéndoos feliz para siempre.

Ram. Tantos honores á un villano! qué rabia!

Rosm. Y Darcilo no responde?

Darc. En esta ocasion pretendeis demasiado de un pastor, que apenas acaba de salir de sus bosques y campos inocentes, para subir al colmo de la mayor grandeza. Ya llegará dia en el que, adquiriendo mayor fortaleza, podrán mis labios y mis manos corresponder á tanto bien: y si llegan á cumplirse los felices agüeros con que tan generoso Monarca implora la felicidad de su estado, no hablará menos la Fama de vuestros dones, que de mi amor y reconocimiento.

Rosm. Querido Padre, al oir tan dulces sentimientos y tan suaves expresiones, ¿podreis dexar de aplaudir mi eleccion? ¿No he tenido acierto, buscando un objeto amoroso entre las humildes cabañas?

Ram. Qué objeto para el corazon de Rosmira! No hay duda, que podeis alabaros.

Oton. Qué derecho teneis para responderle?

Ram. El del amor que me inflama: la sangre que circula por mis venas y las muchas hazañas de mi valor.

Rosm. Todas ellas han quedado obscurecidas con vuestro vencimiento: la sangre, que corre por vuestras venas, ha perdido con él su antiguo lustre: tambien debeis al acaso el esplendor de vuestro nacimiento. Esto no es demérito, pues mas hace el que de un principio humilde llega á hacerse acreedor á obtener un elevado puesto, que el que, habiendo nacido en medio de los honores y grandezas, no sabe distinguirse entre los de su esfera: ya os lo he dicho; en quanto al nacimiento sois iguales. Y el pasado amor, que me citais, tiene muy pocos derechos sobre mi corazon; pues no debeis ignorar, que aunque os correspondí con mi afecto, otro objeto mas grato ha sabido grangearse mi justa preferencia. Además, que la constancia es un atributo muy raro en nuestro sexô: el variar de pasiones nos es sumamente agradable; y es muy débil, sin duda, el que pone toda su confianza en nuestras promesas. Sufrid, pues, ó Príncipe, que yo ame á Darcilo; y no pretendais turbar nuestra mútua felicidad con vuestras quejas.

Oton. Basta ya: llegad, Darcilo! (*Darcilo se adelanta con timidéz.*) Adorne vuestro pecho esta venera de mi Regia órden, la que os hará respetar por heredero, y sucesor mio en el Reyno. Trocad esas armas, aunque gloriosas, por esta espada ducal, y por esta diadema que ceñí el dia que empecé á mandar. *Darcilo trueca la espada, y el sombrero, por la espada y diadema de Oton.* Vuestras armas, juntas con las del vencido Ramiro, se suspendan en el obelisco (que á este fin se ha levantado) para eterno trofeo de vuestro valor: y escríbase al pie de él: *al vencedor Darcilo.* Coronado de este modo, y declarado por hijo mio, empezad á venerarlo vosotros, Grandes, y guerreros. *Baxan los Grandes á prestarle el homenage.*

Darc. ¿Quién seria mas feliz que yo en este instante, si no hubiese cosa alguna que aguara mi placer?

Chist. Hagamos una reverencia al Monarca campestre.

Adul. Quintos saludos como este tendreis mientras seais dichoso!

Oton. Y por qué Ramiro no hace como los demás?

Ram. porque el hombre que conoce su propio mérito, no se humilla al ignorante.

Org. A veces es preciso executarlo.

Ram. Lo será al adulador; pero no al virtuoso.

Org. Quando la virtud está oprimida, es arriesgado el quererla arrostrar.

Ram. Lo será para el que no se conozca á sí mismo, Yo, por mas que me vea despreciado de vosotros, siempre soy un Soberano en mis dominios.

Darc. Cruel insulto!

Rosm. Basta: de nada sirve el altercar. Padre, cumplid nuestros deseos, y vuestras promesas.

Oton. Sí, vamos al Templo á celebrar el enlace apetecido. Sube, invicto Darcilo, con nosotros, á esta triunfal carroza, y aplauda en este dia todo el mundo á tan dichoso himeneo.

Sube á la carroza.

Darc. O Dios! qué es lo que hago? qué nueva guerra? qué contraste de afectos opuestos estoy experimentando? siento todo el imán del convite; y me atemoriza la accion que voy á executar. Ah! bárbaros tiranos! á quiénes debo prestar oido? quién es el que mejor me aconsejará en el estado actual? Todo es noche para mí, todo terror.

Fort. No subes todavía?

Darc. Ah, Diosa amiga! préstame tus consejos: yo te lo ruego.

Fort. Sigue los del Orgullo.

Darc. Subo pues. *En accion de subir.*

Mér. Corre, villano, corre á tu ruina.

Darc. O Dios! qué anuncio!

Deteniéndose.

Fort. Y te espantan las injurias de un hombre encadenado?

Mér. Estas cadenas son tu oprobio.

Fort. Muérdelas, sin embargo, y déxale que siga su destino.

Mér. Anda, anda; pero no olvides, que eres un pastor.

Darc. Ah!... sí... es verdad... yo...

Fort. Y tú le escuchas?

Mér. Feliz el que lo hace.

Fort. No me obligues á que yo te abandone.

Mér. Mira, que te engaña.

Fort. Anda, Darcilo.

Mér. Darcilo, detente.

Org. Qué es esto? en dudoso contraste solo debe quedar victorioso el Orgullo: sea mérito, ó fortuna; el ser grande es una cosa conveniente en el sistema de este mundo; y tú no debes rehusar lo que te proporcionamos.

Toma á Darcilo por la mano, y le conduce á la carroza: volviendo á entrar todos con el mismo órden que salieron, al compás de la música.

ACTO QUARTO.

Templo corto, al lado derecho un altar con la efigie de la Felicidad.

ESCENA I.

Darcilo y el Orgullo.

Darc. Amigo: jamás me apartaré de vuestros consejos; demasiado conozco, que las voces del Orgullo deben ser para mí las mas sagradas, y que yo seria traydor á mi propia fortuna desatendiéndolas: estuve á punto de perderme; y el riesgo en que me he visto, me asegura de quán necesaria es vuestra asistencia y amparo al hombre que desea engrandecerse.

Org. Quánto me complacen tus expresiones! La transformacion de tu alma solo es obra mia; y debes mantenerla por mí hasta el extremo.

Darc. Y de qué modo?

Org. Gozando de tu suerte, sin temer su mudanza; reconociendo sus beneficios como debidos á ti solo; y sosteniéndolos á costa del perjuicio ageno, sin escuchar los movimientos, y estímulos de la razon, menos los de la ternura, y en ningun modo los de la natutaleza.

Darc. Dios mio! Tampoco los de la

naturaleza?

Org. Quando no sirven para el engrandecimiento del hombre, debe este renunciar á ellos. Sus débiles impresiones son contrarias muchas veces á los intereses particulares, y á la pompa: oprímanse, pues, estos inútiles movimientos; y queden superados por la sola idea de la felicidad.

Darc. Qué infame doctrina! sin embargo es preciso seguirla.

Org. Conque te acobardas? Qué significa esa palidéz y confusion?

Darc. Perdonádmelas, son efecto de mi anterior debilidad; pero no os ofendais. Prometí obedeceros, y seré constante en cumplirlo.

Org. Pues bien: antes de concluirse tu casamiento, ven á jurarme tu obediencia en aquella ara de la Felicidad.

Señalando.

Darc. Y juraré?

Org. Extinguir todo afecto contrario á tu dicha: romper todo vinculo, que se oponga á ella: sofocar las voces de la sangre, de la humanidad, del amor; ó renunciar para siempte á tu grandeza.

Darc. O, que terrible contraste!

Org. Todavía dudas?

Darc. Venciste: voy á obedecerte.

En accion de partir.

ESCENA II.

Los dichos, y se aparecen las sombras de Terséa, y Eurilo.

Sombra de Terséa. Tente, bárbaro: mátame antes, y luego corre á consumar tu juramento.

Darc. Dónde me esconderé?

Huyendo al altar.

Org. Qué objetos son estos? quién sois vos para interrumpir la felicidad de Darcilo?

S. de Ters. Quién soy? El dolor, y la desesperacion que me rodean, no os demuestran, que somos la esposa é hijo de este cruel, que nos abandona?

Org. Ella vuestra esposa?

Darc. Ah! Dexadme, dexadme abismar en mi confusion! El averno se abre baxo mis pies; y vos vais á precipitarme en él.

Org. Yo no pretendo seros molesto, seguid vuestro fatal delirio: demasiado trabajé por un villano.

Darc. O cruel, rústica.

S. de Ters. ¿Y quándo te ha sido tan odiosa la infeliz Terséa, sino desde que penetraron tu corazon las fatales imágenes que te han seducido? Será posible, querido Darcilo, que abandones á una esposa leal, y á un hijo inocente, que hasta ahora no han conocido otro objeto que á ti? Y cómo en un instante has podido olvidar las puras delicias de un casto himeneo, para correr tras de unos aparentes fantasmas, que te arrastran á tu ruina? Aquellos mismos labios, que en la sencillez pastoril, en la presencia de un Dios, que nada ignora, pronunciaron el dichoso consentimiento, que formó nuestro consorcio, podian ahora producir juramentos tan horribles en las aras detestables de una mentida Felicidad? Ah! volved vuestras miradas tan dulces en otro tiempo, y tan funestas ahora, no hácia vuestra tierna esposa, sino sobre ese hijo infeliz, que os tiende sus tiernos brazos, señalando un padre, cuya imágen lleva retratada en su rostro. Mirad sus angustiosas lágrimas, y la mortal palidez de que le ha llenado vuestro ceño; hacedlo, y si os basta el corazon, corred de nuevo, ó bárbaro, á aquel altar, y pronunciad allí la sentencia de nuestro destino.

S. de Eurilo. Padre, padre...

Darc. Terséa! Eurilo!... vosotros!... ah!... qué situacion tan espantosa! qué congoja tan cruel!

S. de Ters. Conque estais tan mudado, que no encontrais acentos para consolarnos? Traspasadnos pues...

Darc. Ah! querida esposa! no me creais tan bárbaro... Es cierto, que me separé de vosotros; pero no para sacrificaros al olvido. Con vosotros únicamente dividiré mis honores, y mis riquezas: y pues fuisteis toda mi delicia en medio de mis desgracias, lo sereis tambien en la prosperidad.

Org. De qué sirve lisongearles? ¿Con qué infructuosas esperanzas pretendeis alimentar su espíritu, quando vais á ser soberano, y esposo de Rosmira?

S. de Ters. Esposo de Rosmira! él!

Darc Ah! no: no lo creais, Terséa: tanto en el Palacio, como en los bosques, únicamente sereis vos mi compañera.

Org. Abandonad desde ahora toda idea de grandeza, y renunciad á vuestra fortuna: ésta estaba destinada solamente para vos, y no para Terséa; mas pues la quereis por compañera, volved á vuestras selvas, rústico villano.

S. de Ters. Sí que volverá á ellas. ¿Acaso el corazon de una esposa leal no equivale á todos los cetros y coronas?

Org. Vamos: qué resuelves?

Darc. Dios mio!

S. de Ters. Vamos, querido Darcilo: volvamos á nuestra anterior tranquilidad: aquí teneis á vuestro hijo; estrechadle entre los paternos brazos.

Darc. Ah! *Terséa le presenta el hijo, Darcilo lo aparta, pero con dulzura.*

S. de Ters. Cómo le apartais?

Darc. Yo... él...

S. de Ters. Sí, él es tu querido Eurilo.

Darc. Ah, bárbaro! y por qué veniste á funestar?...

S. de Ters. Cómo? qué acentos pronunciais? y podeis proferir estas palabras sin morir?

Darc. Ah, qué dixe?

S. de Ters. Demasiado has dicho, y enteramente has declarado la perfidia de tu corazon. No; jamás has sentido los afectos de esposo, ni de padre, una vez que te abandonas á tus caprichos, posponiendo la ternura al esplendor de la fortuna, y sofocando todos los sentimientos de humanidad. Hasta ahora he amado á un monstruo, no á un hombre. Hijo mio infeliz, ya en vano procuras ablandarle, empleando para ello toda la ternura, y el amor. Tu padre quiere nuestra muerte, armándose contra nosotros, para sacrificarnos en aquel mismo altar, como víctimas infelices de su imaginacion. Quedaos, pues, quedaos con vuestra libertad, hombre cruel; habeis quebrantado los lazos de nuestro amor: pero no tardará mucho el orgullo en romper hasta los de nuestra vida. Mas no creais poder vanagloriaros impunemente de tan vil accion. El remordimiento, aunque tarde, envenenará el resto de vuestra vida, y de en medio del fausto, que os rodea, saldrá el rayo del castigo precipitándoos en el abismo del dolor. A Dios, hombre cruel, á Dios para siempre: la humanidad hollada por tí, sea el último recuerdo que yo te dexe en este momento. *Vase con Eurilo.*

Darc. Yo me siento morir. Terséa, Eurilo, dónde están? yo quiero verles.

Org. Es inútil el seguirles: tú pronunciaste su sentencia. *Vase.*

Darc. Yo pronuncié su sentencia? Ah! no... Tirano orgullo, ya te entiendo: tú quisieras reducirme á despreciar los lazos de un puro amor, pero no lo conseguirás. Terséa, Eurilo, nombres apreciados, venid á vuestro esposo, á vuestro padre: corramos, corramos unidos á descansar en el seno de la inocencia.

ESCENA III.

La Adulacion, el Chiste, y el dicho.

Adul. Héroe esclarecido, quereis huir ahora que llega vuestra digna, y amorosísima esposa?

Chist. Qué pompa, qué trenes! O quán feliz sois!

Darc. Quién? yo feliz? yo?

Adul. Sin duda alguna: Y en el dia de hoy quién hay, que merezca parangonarse con vos?

Darc. Si supieseis?...

Chist. Y qué habemos de saber? que fuisteis pobre, y ahora sois rico? Bueno fuera que todavía os acordaseis de vuestra antigua miseria.

Darc. Pero mi pobreza...

Chist. La pobreza es el peor mal del mundo; y con solo mentarla, sois ingrato á vuestra fortuna.

Adul. Va mucha diferencia del pan moreno, y carne insípida, á las exquisitas viandas que aquí gustareis.

Chist. Y las pieles de cabra convertidas en veneras, espada rica, y?...

Adul. Y un saco de paja transformado en las mas mullidas plumas?

Chist. Y las alabanzas de todo un pueblo que os adora?

Adul. ¿Y el amor de un Soberano, que tan dignamente os ensalza?

Chist. Y la bellísima Rosmira?

Adul. La hermosísima Princesa?

Darc. Ay de mí! qué infelicidad es la mia? si les doy mas oidos, volverán á pervertir mi alma: Eurilo, Terséa, ah! quántos bienes me obligais á abandonar!

Adul. Egregio Príncipe, vedles que ya llegan.

Darc. Infeliz de mí! dónde me esconderé?

ESCENA IV.

Música. Se llena la Escena de Soldados, y Caballeros armados; tras de ellos un Ministro del Templo, y otros varios con antorchas encendidas en la mano; luego Ramiro desarmado, precedido de dos escuderos; despues Oton, y Rosmira. Ultimamente la Fortuna, y á su tiempo el Mérito encadenado. Tocan.

Oton, Rosmira, Ramiro, la Fortuna, el Mérito, y los dichos.

Ram. Habré de verme obligado á presenciar el extremo de mi tragedia?

Mér. No temais; el sufrir es la mayor virtud de una alma grande.

Ram. Me falta el ánimo, no tengo aliento para tanto.

Mér. Recompensará tus afanes el triunfo, que no está muy lejos.

Oton. Ya por fin, querida hija, nos vemos en el Templo de la Felicidad. Esta, á la que todos los hombres buscan con anhelo, y que pocos la encuentran, y que siempre ha extendido sobre mí sus tutelares alas, descienda ahora para pronunciar tu venturoso auspicio. Colme, ó amada Rosmira, el exceso de tu amor con júbilo general, declarándose protectora del presente himeneo.

Rosm. Nuestro afecto será el único garante de la gratitud con que aceptamos tan lisongeros votos. Estoy ya pronta: pero adónde está mi querido Darcilo?

Adul. Vedle allí, aguardando el dichoso momento de recibir vuestra preciosa mano.

Rosm. Gran Dios! qué significa su palidez y turbacion?

Ram. El gusano del remordimiento, que roe incesantemente las almas de los ambiciosos.

Rosm. Darcilo, ídolo mio?

Fort. Sal de tu insensato letargo.

Darc. Aquí estoy, sí... Princesa, perdonad: no es nuevo el que el exceso de bienes llene un alma de confusion y estupidéz. Vos... yo... jamás habria creido... Ah virtud mia! ahora me abandonas

Rosm. Tú me estremeces! tus palabras interrumpidas... Ah! yo tiemblo.

Darc. No, Princesa, vos no penetrais el fondo de mi corazon. Yo os amo, os adoro; pero este mismo afecto me em-

barga la voz al querer hablaros. Ah! solo con vuestra presencia, aunque me hallase confundido con vuestros criados, yo me tendria por muy feliz... pero estas bodas...

Rosm. Ay desgraciada! qué profieres! Siento helárseme la sangre en el corazon. Acaso me has vendido? te es odiosa mi mano? me aborreces? Tú...

Darc. No, no. Yo no puedo aborreceros: no merece el corazon de Rosmira tan bárbaro insulto.

Rosm. Oh! quánto te ennoblece tu misma humildad! En ti no veo mas que mi amor: éste iguala toda distancia. Ven, ven al ara, querido esposo; pues pronuba á nuestras bodas es la Felicidad. *Tomándole por la mano.*

ESCENA V.

El Orgullo, vestido de Sacrificador, sale con un cuchillo en la mano, arrastrando las sombras de Terséa y Eurilo al altar.

Org. Autentizadlas vosotros con vuestra propia sangre. *Queriendo herir las sombras.*

Darc. Tente, bárbaro.

Rosm. Qué expectáculo es este!

Oton. Víctimas humanas!

Ram. Qué horror!

Mér. Rómpanse mis cadenas.

Fort. Infeliz Darcilo!

Se para el quadro; el Orgullo arroja con ímpetu las sombras de Terséa y Eurilo al pie del altar: Eurilo estará en el regazo de su madre: el Orgullo va á herirles; Darcilo corre á detenerle: el Mérito rompe las cadenas, arrojándolas al suelo: y todos los demás quedan en diferentes actitudes, segun su situacion.

Oton. ¿Quién eres tú, que en el momento del mayor júbilo de dos corazones que se aman, en el Templo mismo de la Felicidad, vienes á turbar el general regocijo con tan odiosos sacrificios?

Org. El amigo, el consejero y ministro Darcilo: él es quien armó mi mano con este acero homicida que os espanta. Vosotros en este dia le elevasteis de la esfera mas humilde á la mas alta. Era preciso que sintiese toda la fuerza de este don, sacrificando á su orgullo quantos afectos suaves pudiesen oponerse á su grandeza. Vedle ya en el combate: es imposible que dé la mano á Rosmira, sin que primero haga perecer estos objetos, con quienes está unido indisolublemente. El lo quiere; y yo executo su voluntad. Caygan, pues, traspasados por mi acero: su silencio aprueba el golpe; y yo intrépido voy á vibrarlo para que él pueda conseguir á Rosmira.

Ram. Dioses! á qué extremo llega el orgullo!

Mér. Unicamente en las almas viles.

Adul. El matar á una muger es friolera!

Rosm. Qué situacion es la mia! vos casado! vos con un hijo! esta muger es vuestra esposa!

S. de Ters. Sí, no puedo negarlo. Pero no creais que yo pretenda exercer con él aquel derecho que me compete. El amor nos unió, y no la fortuna: pero ya que vuestro corazon generoso se complace, ó Princesa, de ensalzarle á tan alto explendor, no seré yo tan bárbara, que intente oponerme á su dicha, para conducirle otra vez al albergue de mi pobreza. Así que podeis dexarme perecer al pie de esta ara, como generosa víctima del mismo amor que me une con él; y rompa con mi esfuerzo la insuperable barrera que impide su felicidad. Lo que únicamente os pido antes de morir, es que le ameis con los transportes con que yo su-

pe quererle hasta ahora: esposo feliz, encuentre en vuestro regio pecho todos aquellos bienes que no pudo gozar en mi compañía; y si en algun tiempo llega á honrar mi memoria con sus lágrimas, diga á lo menos: la desventurada Terséa fabricó con su muerte mi fortuna.

Eurilo. Padre mio, ¿quereis asesinarnos?

Rosm. Padre! Príncipe! qué he escuchado! Estoy perdida.

Ram. Qué muger tan virtuosa!

Mér. Las verdaderas consortes son siempre tales.

Oton. En tan amargo conflicto, ¿por qué Darcilo no habla?

Darc. Y qué puedo decir, si do quier vuelvo la vista, no veo mas que fantasmas de horror y desesperacion? Mi esposa!... el hijo!... aquel altar!... Ah Princesa!...

Rosm. Calla, malvado. ¿Tienes todavía valor para nombrarme, despues de lo que acaba de decir tu leal Terséa? ¿Tanto te cegaron las riquezas, que pretendiste hollar la religion, la naturaleza, y los derechos mas inviolables? Ah! que el horror que tú me inspiras, es mas grande todavía que el afecto que te profesaba. Huyamos, ó padre, de este Templo fatal, en el que he presenciado tanta iniquidad... Ver no puedo el rostro de este monstruo, en el que están pintados los delitos. Y tú, Príncipe infeliz, tú á quien mis caprichos antepusieron un bárbaro, sigue mis pasos, y advierte, si mientras me entrego á los consejos de la virtud, sé cancelar con la enmienda la fea mancha de mi debilidad. (*Vase con Oton.*)

Ram. Ahora soy feliz completamente.

Mér. Porque el Mérito te asiste y te protege. (*Vanse todos, menos Darcilo.*)

ESCENA VI.

Darcilo solo.

Darc. Ella se va; él la sigue... O Dios! qué hago! quién detiene mis pasos? quién me suspende la fuerza?... Ah! venid á despedazar mi seno, crueles furias de mi dolor! Esposo inhumano! padre despiadado! ve ahí lo que yo soy en este dia. Falté al amor; hollé la naturaleza: perdí mi felicidad: pues qué me queda?...

ESCENA VII.

El Remordimiento, y el dicho.

Rem. Yo. (*Saliendo con una antorcha en la mano.*)

Darc. Ay de mí! quién eres?

Rem. El solo compañero de tus dias; el cruel verdugo de tu vida; el hijo de tus crímenes: el Remordimiento.

Darc. Ah fantasma terrible! huye, déxame.

Rem. En vano lo esperas; sígueme. (*Tomándole por la mano.*)

Darc. A dónde?

Rem. Al abismo de tu desesperacion.

Darc. Dónde está?

Rem. Dentro de tu corazon.

Darc. Y quándo acabará?

Rem. Quando mueras. *Arrastrándole hácia dentro.*

ACTO QUINTO.

Parte exterior del Palacio, como en el acto primero.

ESCENA I.

Darcilo, la Adulacion y el Chiste.

Adul. Arrastrando á Darcilo fuera del Palacio. Fuera, fuera de esta Corte: aquí no debee haber mas pícaros que nosotros.

Chist. Anda fuera, Paleto disfrazado; no te vengas á hacer de gracioso en las Cortes.

Darc. Crueles! Así me insultais!

Adul. Y podias esperar otra cosa de nosotros? Ignoras que el oficio de adulador es el de hacerse amigo del dichoso, y enemigo del desgraciado?

Chist. Mientras fuiste feliz, te ofrecimos inciensos á trómpon; pero al árbol caido todos van á cortar leña: otro te sucederá, y le adularemos hasta que cayga.

Darc. Dios mio! Vosotros con tan viles sentimientos os hallais acogidos entre esos personages; y yo me veré abandonado, y arrojado de aquí oprobiosamente?

Adul. Sabes la razon? Es porque nosotros poseemos el arte de saber aprovechar el momento, y adaptarnos á las circunstancias: pero tú te entregaste ciegamente á la Fortuna.

Chist. Con los hombres, el que no engaña, no medra: para campar, trampa delante; mas sin embargo es menester economía en el mismo engaño; pues tan perjudicial es el mucho mentir, como la excesiva sinceridad.

Darc. Conque yo habia de fingir afectos, tolerar el sacrificio de una esposa y de un hijo?

Adul. O debias tolerarlo, ó no haber llegado á tal punto.

Chist. Quien todo lo quiere, todo lo pierde. Debiste medir tus deseos con tu condicion. El que de un aliento quiere subir á la cima de algun monte, por fuerza ha de caerse cansado.

Darc. Así es: ¿que ya no hay esperanza para mí?

Adul. Despues del sonrojo que has hecho pasar á la Princesa, ¿puedes confiar todavía? anda, anda: vuélvete á tu cabaña, y á tus bosques; pues se conoce que ellos son tu centro.

Chist. Sí, que hueles á villano á cien leguas de distancia.

ESCENA II.

La Fortuna, luego el Mérito, despues el Orgullo, últimamente el Remordimiento y los dichos.

Darc. Ah! por mas que pretendais abatirme, no por esto perderé mi esperanza; únicamente he conocido estos bienes por medio de la Fortuna, y ella sola sabrá ampararme á despecho vuestro.

Fort. ¿Cómo quieres que te asista, si tú mismo me has vendido?

Darc. No, propicia deidad: no fue jamás mi intento el abandonarte; pero el combate á que me reduxo el Orgullo, era demasiado terrible para mí, y excitó sumamente mi sensibilidad.

Fort. Quédate, pues, con este afecto, que se aviene mal conmigo.

Adul. A los bosques, á los bosques, campesino.

Chis. Al arado, al arado, montañés.

Darc. Es posible que tú me abandones?

Fort. Para siempre jamás. Tú no me debiste dexar, quando yo te habia ofrecido mi amparo y proteccion; pero no siempre los hombres saben atrapar el instante crítico de su suerte, y abusan de ella, como tú has hecho. Vuelve, pues, con tus villanos, que mi rueda ha hecho ya todo su giro para ti, y te cogió debaxo. Si me complací de elevarte en una exhalacion á la mayor gloria y grandeza; será ahora toda mi complacencia el oprimirte baxo el peso de la angustiosa miseria.

Darc. O engañadora, voltaria y sin piedad! para qué derramas sobre el hombre tus beneficios, si los has de arrebatar despues tan amarga y precipitadamente?

Mér. Porque quando el hombre no tiene mérito esencial y propio que le sostenga, deben ser efímeros todos los efectos de la Fortuna.

Darc. No es verdad: ¿quántos sin él se ven exâltados entre nosotros?

Mér. Pero tú no estás en su corazon, para saber con qué crueles remordimientos van acibarados sus mismos bienes. Yo inspiro la paz y la segura tranquilidad de las almas. Pero ¿có-

mo podias tú disfrutar de ella, si haciéndote víctima de tus ambiciosos pensamientos, te olvidaste de tus afectos y deberes, para correr tras los delirios de la imaginacion? Ya no hay otro medio sino el de volverte á la caza de fieras; pues mayor mérito conseguirás y mayor dicha partiendo el pan de tu sudor con tu leal esposa y tu hijo inocente, que fantaseando unos bienes, de los quales te ha separado tu misma condicion.

Adul. A los bosques, á los bosques, campesino.

Chist. Al arado, al arado montañés.

Darc. Todos, todos me han abandonado. Pero no importa: á pesar de todos vuestros improperios, sabrá Darcilo seros superior. Aquí vine, aquí peleé, aquí vencí, y aquí haré triunfar la voz del Orgullo.

Org. Tarde es ya: ¿por qué dexaste perder el momento de tu victoria?

Darc. ¿Todavía me insultas, despues de haber labrado mi ruina con tu horrible sacrificio?

Org. Qué te obligaba yo á hacer, que no hayan executado antes otros mil ambiciosos como tú? Ve, corre las ciudades y villas populosas; y verás quántas mugeres oprimidas, quántos hijos huérfanos, quántos padres ultrajados, quántas familias despreciadas, quántos infelices abatidos lamentan su destino, y casi todo es obra del Orgullo. Las grandezas os ciegan hoy, mañana tal vez os hacen crueles, y muchas veces impíos: faltó poco que tú no lo fueses: y yo entonces no era mas que tu ministro y executor.

Darc. Despues de haberme inducido á tal perversidad, ¿por qué me abandonas á mi dolor?

Rem. Porque yo soy tu compañero.

Darc. Ah! huye, déxame, furia infernal.

Rem. No puedo.

Darc. Traspásame.

Rem. No quiero.

Darc. Y es preciso?...

Rem. Que me sufras.

Darc. Y despues?

Rem. Que mueras.

Darc. Pues bien, muramos: mejor es acabar la vida, que pasarla desdichadamente en medio de los remordimientos y de la desesperacion.

Sacando la espada.

Adul. Villano, si quieres derramar sangre, vete de aquí.

Chist. Anda fuera, palurdo, que viene la Princesa.

Darc. La Princesa!... Rosmira!... ella!... dónde!...

ESCENA III.

Oton, Rosmira, Ramiro, Caballeros, Soldados, y los dichos.

Oton. Vamos, Príncipe, á celebrar vuestras bodas, y completar vuestra felicidad. Olvídese lo acaecido, y borre un puro amor toda idea de lo que habeis pasado.

Rosm. Sí, querido Príncipe, perdonad mis extravíos: amor me seduxo; pero él mismo va á dexaros vengado en un instante de todos vuestros agravios.

Ram. No mas, adorada Princesa; seria yo demasiadamente ingrato á mi dicha, si pudiese acordarme todavía de mis anteriores penas. Venid, pues, á estrechar este himeneo, que un destino cruel me pretendia impedir; y dexad que respire mi mérito en la fe de vuestras promesas, y alce la frente que la fortuna abatió.

Mér. Este mérito hará que la misma suerte os sea propicia, porque no hay mayor dicha que la que procede de la virtud.

For. No me excluyais, Señor, de vuestra compañía, pues me declaro partidaria vuestra, y á vos solo sabré mantener todas mis promesas.

Org. Recibid tambien mis tributos.

Adul. Y los mios igualmente.

Chist. Los mios, y todo.

Ram. Los agradezco; pero no los admito. El Orgullo solo es agradable quando proviene de la verdadera nobleza; pero no quando lo produce el vicio. La Adulacion vaya siempre lejos de mí; pues serian menos malos los hombres, si no consintiesen á su lado tantos aduladores.

Darc. Yo quedo estúpido á vista de tantos ultrages: envidia, zelos, pasiones funestas, que roeis mi corazon, ¿qué me inspirais? qué debo hacer? qué resuelvo?

Oton. Apresurémonos á premiar tan amable virtud: vamos al Templo.

Darc. No será mientras yo viva.

Rosm. Pérfido: ¿aun tienes valor de ponérteme delante?

Darc. Sí, estoy desesperado: y antes permitiré que me mateis, que el cumplimiento de estas bodas.

Ram. Necio, te compadezco. Vuélvete á las selvas; y cree que no es poco el concederte la vida.

Darc. En nada la aprecio; la sacrifiqué una vez á la fortuna, y ahora lo haré á la desesperacion.

Oton. Soldados, desarmadle.

Darc. En vano lo esperais.

Oton. Pues heridle, matadle.

A la seña de Oton los soldados quieren desarmar á Darcilo, quien se defiende con la espada: á la segunda seña de Oton le hieren, y cae al suelo: siguen varios truenos y relámpagos, desapareciendo todos los actores; convirtiéndose el teatro en la mutacion con que empezó el Drama. Darcilo se encontrará vestido de pastor, como al principio; mira en rededor sobresaltado, y dice:

ESCENA IV.

Darcilo, y el Peregrino.

Darc. Detenedos!... soy yo!... soy Darcilo!... sueño!... vivo!... deliro!... En dónde estoy?... Rosmira!... Príncipe!... suerte enemiga! cruel orgullo! Ay de mí! todo ha desaparecido de mi vista. Pero aquellas armas!... mi espada!... mis heridas!... mas no veo la menor señal de sangre! estos son mis rústicos vestidos: estos son los sitios de mi alvergue: aquella mi cabaña: aquel... Cielos! querido forastero! decidme, qué es esto? tengo vida, ó soy un espectro?

Per. Sí Señor, vivís. Esta noche os dormisteis sobre esas yerbas; y ahora que el sol va á salir, os llama el dia á vuestra ordinaria tarea.

Darc. ¿Conque yo he dormido hasta ahora, y en medio de las sombras he visto la clara luz del Desengaño? sueño feliz!

Per. Qué quereis decir? qué os ha sucedido?

Darc. Antes que os lo refiera, decidme adónde están Terséa y Eurilo?

Per. En la cabaña los acabo de dexar entregados á un plácido sueño.

Darc. Qué es lo que estais diciendo? es posible, que no me engañeis? permitidme que yo mismo me cerciore de lo que me anunciais.

Per. Deteneos...

Darc. No: quiero verles...

Per. Os molestais en vano; deteneos, digo: no les vereis hasta que me hayais manifestado todo vuestro sueño.

Darc. Y qué puedo deciros? acaso quereis que os muestre toda la perversidad de mi corazon? un Dios, un Dios sin duda fue el que me conduxo en sueños desde aquí á aquellos fatales Palacios que me tenian seducido. La engañadora fortuna me llevó al mayor grado de felicidad. Oprimí con mi brazo al mérito, la gloria me coronó, el terror estaba á mi lado, yo me abandoné á un amor impuro, haciéndome esclavo de la adulacion y del orgullo. Llegué á arrastrar mi esposa leal, y mi hijo inocente para sa-

crificarlos en el ara de una mentida felicidad. En vano tendian hácia mi sus moribundos brazos. Me ví despues hecho ludibrio de mis propios aduladores: la desesperacion y el remordimiento me arrastraron tras sí despedazándome. Me ví traspasado... Ellos, ah Dios mio! Todavía siento las bárbaras heridas, veo brillar ante mis ojos aquellos aceros que me dieron la justa pena de mi delito... Ah! dexad, por Dios! dexad que vuele al seno de mi consolacion; y que en los tiernos abrazos de una esposa é hijo, les asegure que vivo por ellos únicamente, que moriré en su compañía en estos bosques, donde anida mi paz, mi amor, y mi verdadera dicha.

Per. Conque estais desengañado de todos vuestros delirios y preocupaciones?

Darc. Sí, demasiado he visto quánta iniquidad hay en este mundo.

Per. Y amareis constantemente á vuestra esposa é hijo?

Darc. Sí. Dexad que les estreche en mi seno, para exprimir en mis brazos toda la fuerza de mi amor.

Per. Vamos á verles.

Darc. En dónde?

Per. En el Templo de la paz que es su eterna morada.

Darc. Y en dónde está ese Templo?

Per. En vuestro corazon, y en el de todo hombre de bien. Pocas veces se da asenso á la razon, y quasi siempre á los sentidos. Yo os haré ver ese Templo dichoso que todos apreciais, y pocos sabeis buscar: solo los que viven contentos con su suerte encuentran sus beneficios en los objetos que excitan su ternura. Abranse á los ojos de Darcilo las celestes moradas, imágenes verdaderas de la felicidad, y volviéndole la esposa y el hijo, colmadle de los mayores bienes, que pueda desear.

ESCENA V.

Se abre la Escena y se ve el Templo transparente de la Paz rodeado de olivos. En medio el Altar un simulacro de la Paz, y á su lado Terséa, Irene, Eurilo, y varios pastores. Darcilo y el Peregrino.

Darc. Ah esposa mia! querido hijo!

Ters. Amado esposo!

Eur. Padre! *Abrazándose.*

Per. Dulce espectáculo! digno de la mayor envidia.

Ters. Sereis siempre mio?

Eur. Nos dexareis jamás?

Darc. Jamás, jamás, queridos mios.

Ters. Quánto os debemos, buen forastero! Podré saber ahora quién sois?

Per. Quien únicamente podia volver la dicha al alucinado Darcilo. El Desengaño.

Todos. Quánto debemos apreciaros!

Per. Hacedlo, y jamás me separeis de vuestro lado.

Darc. Así será. Comprendo que todo ha sido obra vuestra. Dichoso el que consigue conocerlo. Terséa, Eurilo, amigos, volvamos todos á nuestra humilde cabaña para disfrutar en ella con tranquilidad los puros dones de la inocencia; confesando unidos, que el mérito, y no la fortuna, es lo que debe apreciarse en el mundo; que debemos estar contentos de nuestra suerte, si queremos gozar la paz del corazon; y finalmente, que todos los bienes que derivan de la ambicion, son efímeros fantasmas para los vivientes, como lo ha sido en esta noche mi sueño, aunque en él he visto las mas útiles lecciones, y los efectos del desengaño.

Se concluye con un bayle análogo.

VALENCIA: POR ILDEFONSO MOMPIÉ. 1817.

Se halllará en la librería de los señores DOMINGO *y* MOMPIÉ, *calle de Caballeros, núm.* 48.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.23
no.8